

## **La historia: razones y pasiones**

### **Diálogo con Carlos Forcadell\***

**Juan Sisinio Pérez Garzón**

Universidad de Castilla-La Mancha

**Eloy Fernández Clemente**

Universidad de Zaragoza

\* Diálogo de Eloy Fernández Clemente y Juan Sisinio Pérez Garzón con Carlos Forcadell durante el congreso *A propósito de la Historia*, en el aula Pilar Sinués del Paraninfo de la Universidad de Zaragoza el 9 de noviembre de 2018.

ELOY: Se nos ha encargado, y hemos aceptado muy gustosamente, cerrar este tan justo y hermoso homenaje manteniendo con Carlos Forcadell un diálogo en el que le preguntamos algunas cuestiones clave en su biografía de historiador. Carlos nació en Zaragoza, hijo de una familia de clase media (como tantos de nosotros), con orígenes familiares turolenses (y luego, como consorte, las tendrá altoaragonesas para completar el mapa). Estudió Filosofía y Letras en Zaragoza, cuando había dos años de comunes y tres de especialidad, y en ella obtuvo la licenciatura en Geografía e Historia tras asistir a las clases impartidas, por lo general, y especialmente en las materias de Historia moderna y contemporánea, por un personal adicto al régimen franquista, homologable con el de tantas universidades de provincias en los últimos años del franquismo. El azar quiso que en 1968 Juan José Carreras, a su retorno de Alemania, ocupara la plaza de profesor agregado de historia contemporánea, lo cual determinó radicalmente su futuro destino profesional. Tras la licenciatura, en los primeros años setenta, escapó a Europa, buscando otros aires, que encontró en Heidelberg, Ámsterdam o París.

SISINIO: Comenzaste a hacer la tesis con Juan José Carreras y aquí ya entramos en la primera pregunta: ¿Por qué aquella tesis sobre *El movimiento obrero español ante la primera guerra mundial* en 1977?, justo el primer año en que se abrió la etapa democrática con las elecciones del 15 de junio.

CARLOS: Fue Juan José Carreras quien me sugirió el tema y el que me proporcionó las primeras orientaciones. Con el paso del tiempo me he dado cuenta de que tras una propuesta impecablemente académica, puesto que el tema del «movimiento obrero» durante la Gran Guerra era un clásico europeo, para quien conocía la historia europea posterior a 1945, tratado por el austriaco Braunthal para el conjunto de la II Internacional, por Alfred Rosmer para Francia, Leo Valiani en Italia, etc., libros todos ellos que ocupaban un lugar en su biblioteca personal, se encontraba también la intención, tácita en aquellos momentos de los primeros años setenta, de plantear los temas centrales de las organizaciones obreras políticas y sindicales y su respuesta a la revolución rusa y la emergencia de la URSS, dicho de otra manera, los orígenes del Partido Comunista de España, también. De todo eso era más consciente el Docktorvater que el doctorando, pues



Con Eloy Fernández Clemente y Juan Sisinio Pérez Garzón. Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, 2018.

nos encontramos a comienzos de los años setenta, con todos los controles de la universidad franquista bien activos. De modo que recuerdo que las conversaciones con él –frecuentemente en su casa para devolver y tomar libros que no estaban en ninguna otra biblioteca– se mantenían en un terreno estricto y exquisitamente académico. Por entonces nos tratábamos de usted, como veo en cartas que recupero a la hora de revisar esta conversación: «me alegra mucho verle totalmente integrado en la feria universitaria alemana, con todas sus confusiones. Desde esas latitudes le resultará muy extraño todo lo que pasa por aquí...», a la vez que me encargaba pedidos en su librería de la Hauptstrasse, Kurt Ziebank, comentaba que habían traducido a Poulantzias «con toda su pedantería estructuralista» o que había encargado el Miliband «para oxigenarme un poco con el empirismo anglosajón». Ahora veo que en el panorama de investigaciones y libros sobre las organizaciones políticas y sindicales de los trabajadores que emergió en la segunda mitad de los años setenta (Bonamusa, David Ruiz, Paniagua, Elorza, etc.) mi tesis surge de unos planteamientos y moldes marcadamente académicos, estimulados por un director capacitado y «consciente», todavía cauteloso, aunque ya se había colado en el escalafón, y no se debe tanto a circunstancias políticas o ideológicas personales que, por entonces, en mi caso, no pasaban de un cierto izquierdismo genérico sin compromisos organizativos. Pero sí, el resultado fue que se leyó en 1977, poco antes de las primeras elecciones democráticas, fue la primera que dirigió Juan José, quien dejaba gran libertad al doctorando, y ayer me gratificó mucho oír a alumnos y doctorandos míos que tenían de mí un recuerdo similar; fue una de las primeras

tesis presentadas sobre historia del movimiento obrero, la vieja guardia de la facultad se puso en estado de alerta y recusó sucesivamente el tema, la dirección de Juan José, que a la sazón era profesor agregado y, finalmente, el tribunal, que fue aprobado en Junta de Facultad con sus votos en contra; la lectura fue un acto masivo, con militantes sindicales y políticos entre el público. Claro, y me convertí en un «historiador del movimiento obrero», especie que comenzó a abundar en esos momentos entre los contemporaneístas.

**ELOY:** ¿Cuándo te sentiste no profesor (clases) ni estudioso (lecturas y escrituras), sino historiador, y qué significa para ti esa palabra?

**CARLOS:** No soy muy consciente, historiador es una palabra mayor. Sí que percibía progresivamente una cierta pasión por el pasado, por conocerlo y estudiarlo; es esta una marca de identidad de la profesión que a mí se me debió hacer presente cuando en cuarto de carrera abandoné los estudios de Derecho, que simultaneaba hasta entonces con los de la Facultad de Filosofía, pero sobre todo en el trabajo de investigación para la tesis doctoral, a la hora de las primeras publicaciones, de la rápida edición en *Crítica* del libro resultante, en 1978, que fue favorablemente informado por una persona que yo desconocía hasta ese momento (Josep Fontana), los requerimientos para asistir a congresos de «historiadores», el trato y conocimiento iniciales tanto con compañeros como con profesionales mayores y consolidados, un conjunto de factores y de experiencias entrelazadas que me confirmó esta identidad profesional, que, grandes palabras aparte, yo creo que consiste en leer, investigar, escribir y enseñar historia, en practicar un método histórico venerable que consiste en documentar, interpretar, explicar y relatar aspectos de la historia, cuya reconstrucción a partir de huellas y vestigios del pasado es posible, mas allá y por encima de relativismos, y constituye una actividad intelectual socialmente útil que es necesario trasladar y transmitir así al espacio público como al sistema educativo.



Con Josep Fontana en la Universidad de Zaragoza, 2013.

Me permito recordar, en esta revisión, como el viejo Hobsbawm observaba alarmado en su biografía [2002], que «las presiones políticas que sufre la historia a manos de los estados y los regímenes nuevos y antiguos, de los grupos de identidad [...] son en la actualidad más fuertes que nunca, y la sociedad mediática moderna ha dado al pasado una preeminencia y un potencial mercantil sin precedentes. La historia está siendo revisada o inventada hoy más que nunca por personas que no desean conocer el verdadero pasado, sino solo aquel que se acomoda a sus objetivos. La actual es la gran era de la mitología histórica. La defensa de la historia por sus profesionales es en la actualidad mas urgente en la política que nunca. Nos necesitan». Estos juicios y alarmas, escritos en 2002, hace casi dos décadas, tienen mucho de pronóstico adelantado, de adivinación, de augurio cierto, si convenimos en que la utilización de la historia, su conversión en mercancía, las potencias mediáticas que la trasladan a la opinión pública, no han hecho sino multiplicarse aceleradamente hasta los tiempos acelerados de nuestro presente. Esta defensa de la historia como disciplina de conocimiento en un mundo ávido de consumir el pasado lo es de las humanidades en general.

SISINIO: Aunque luego hablaremos mucho más de la evolución historiográfica, una pregunta de sopetón: desde aquella tesis a las últimas tesis que tú has dirigido ya como maestro de jóvenes o director de investigaciones algo ha cambiado. ¿Qué distancia existe entre



Con Manuel Pérez Ledesma. 2009.

comenzar estudiando el movimiento obrero, o dirigir en los años noventa tesis doctorales de reconocidos colegas [Rújula, Sabio, Frías...] sobre temas de historia social clásica y ahora propiciar o dirigir estudios sobre temas como: «Etnicidad, subalternidad y representaciones de alteridad en la construcción del Estado nacional? [en Colombia, 2012]; o esa otra sobre «Business Spanish. La introducción de la enseñanza del español en Inglaterra en la primera mitad del siglo XX»? ¿Por qué ese giro historiográfico? ¿Es que ya no interesa la clase obrera?

**CARLOS:** Pues, en primer lugar, la distancia que media entre casi medio siglo de transformación de la historiografía; se escribe, afortunadamente de otra manera, y sobre otros temas y ante nuevas preguntas que exigen respuestas distintas. La historia, como cualquier disciplina científica o humanística, siempre ha sido un saber acumulativo. Para empezar, yo no creo haber salido nunca a la búsqueda de doctorandos o discipulazgos, pero tampoco me he negado a dirigir investigaciones y los temas de las mismas han cambiado, naturalmente, con los tiempos; la sucesión de los títulos y planteamientos de los proyectos de investigación que he patrocinado o en los que he participado, desde 1990, reflejan la misma realidad. La veintena de tesis doctorales que he dirigido entre la primera de 1989 y la última de 2018 son una buena ilustración de la evolución de la historia de la historiografía en las últimas tres décadas, y 1989 no es una fecha indiferente para las inminentes transformaciones que las ciencias sociales y humanas comenzaron a desplegar en profundidad. Tampoco creo que tengan mucho que ver las clases que damos ahora en los cursos de máster con las que podía impartir un recién licenciado a principios de los años setenta.

Por otra parte los historiadores de nuestra generación somos, creo, mayoritariamente «generalistas», podemos saber más de unos temas que de otros, pero no nos hemos encontrado cómodos con las fronteras de una fuerte especialización, sea cronológica o temática, lo cual da mucho trabajo: a título de ejemplo, en estos momentos [otoño de 2018] estoy leyendo a la vez unos escritos inéditos de Hanna Arendt y una biografía de Espartero, que no tienen nada que ver aparentemente, pero pueden iluminar perspectivas nuevas sobre el liberalismo, la nación... Creo que mi generación (tú mismo, Moncho Villares, Pedro Ruiz, Elena, por citar solo colegas presentes aquí, y con un particular recuerdo a Manuel Pérez Ledesma) y la de nuestros mayores (Artola...), para bien y para mal, participamos de una cierta práctica, o ambición, «generalista».

Esas dos tesis recientes que has citado, desde perspectivas diferentes, son investigaciones de carácter cultural. No es que el «movimiento obrero», expresión en desuso, no interese, es que tampoco la «identidad» obrera (historia cultural) dispone de un lugar historiográfico propio entre el masivo atractivo e interés que vienen suscitando otro tipo de identidades culturales generadoras de lenguajes y dispositivos para la acción, subjetividades políticas y culturales como la identidad de género, identidades territoriales, religiosas, étnicas, etc. Claro que la «clase obrera», el proletariado, las organizaciones políticas y sindicales de los trabajadores, si se quiere, se ha desfigurado y desvanecido, así en la realidad sociológica y política como, paralelamente, en su condición de objeto historiográfico significativo, y no digamos en la de aquella pretensión de constituir el «sujeto» principal de la historia. A pesar de que la clase obrera organizada fue un agente histórico y social importante en la conquista de derechos políticos y sociales, las raíces de los derechos y la «ciudadanía» fueron más amplias y plurales; muchos movimientos sociales conquistaron derechos civiles y políticos, no solo desde





Con Ignacio Peiró y Juan José Carreras en el curso «Lecturas de Historia. Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía». Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, 2000.

y para los trabajadores, sino desde y para las mujeres, minorías raciales en occidente, identidades sexuales, etc. La ciudadanía era la candidata más cualificada para constituirse como un nuevo e integrador sujeto histórico que agrupa a sectores más amplios que la clase obrera tradicional, en un mundo en el que escasea el trabajo fijo y la identidad laboral.

Ayer y hoy, las principales fronteras de exclusión, que cualquier proyecto democrático y emancipatorio debe proponerse confrontar y disolver, han sido y son la clase, el género, y la raza... La historia social clásica, en la que la tradición y método marxistas desempeñaron un papel importante, renovó profundamente el conocimiento del pasado aunque quizá cometió el mismo pecado de soberbia que ha heredado hoy la historia cultural. El desplazamiento hacia el centro de la escena historiográfica de la cultura se ha producido, pues, desde el interior de las propias tradiciones disciplinares. Ha sido del activo sector de historiadores sociales, mirando fuera, hacia otras disciplinas, antropología, filología, en un mundo radicalmente diferente posterior a 1989, de donde han salido las principales propuestas de actualización y renovación historiográfica. No hay que olvidar que hoy, cuando en la historiografía y en la crítica cultural actuales se hace cada vez más visible la conexión entre las nociones de clase, raza y género, los historiadores sociales de antaño, así como las organizaciones de trabajadores en su momento, se encontraron en vanguardia de las tres más importantes luchas de la modernidad contemporánea: la resistencia al colonialismo, la emancipación de las mujeres y el combate contra el fascismo.

ELOY: Continuando las tareas de tu maestro, Juan José Carreras, has visto crecer en tu entorno un grupo de profesores y doctorandos especializados en historia de la historiografía como dedicación fundamental, algo que viene definiendo una especie de «grupo de Zaragoza» ante los colegas del resto de España. ¿Por qué causas y razones es esto así, y qué entiendes tú por historiografía? ¿Existen escuelas historiográficas en España? En tal caso ¿Existe una Escuela de Zaragoza y cuáles son sus marcas metodológicas?

CARLOS: Desde finales de los años setenta, ya desde la cátedra de historia contemporánea, en la Autónoma de Barcelona, luego en Santiago de Compostela y, finalmente, en Zaragoza, Juan José ya descubre sus cartas en el panorama historiográfico español. Recuerdo que cuando yo estaba en Heidelberg a mediados de los años setenta algunos profesores todavía me preguntaban por Carreras y un uruguayo del Dolmetscher Institut afirmaba que «Juan José es como Buda. No tiene origen». Pero sí que tenía origen. Conocía muy bien el mundo de la historiografía germana desde la posguerra, así como su contribución a que la sociedad alemana fuera asumiendo el traumático pasado del nazismo, incluyendo la reconstrucción del oculto pasado nazi de reconocidos académicos que despliega la generación de los «hijos» desde los años setenta y ochenta; y conoce muy bien, primero desde fuera y ahora ya desde el interior, la historiografía y la academia franquistas, ese mundo de «catedráticos franquistas» y «franquistas catedráticos» contra las que practicará con tanta eficacia como elegancia un auténtico ajuste de cuentas. Tiene un proyecto aunque no lo haga explícito. En el Heidelberg de los años cincuenta/sesenta, donde coinciden personas como Koseleck, Gadamer, Löwith, Habermas..., se hace con unos *habitus* historiográficos escasamente conocidos entre nosotros que transmitía sutilmente en su docencia universi-



En el coloquio hispanoalemán *La revolución burguesa en España* con, de izda. a dcha. y de pie: Manuel González Portilla, Mauricio Pérez Sarabia, Kurk Schnelle, Juan Trias Vejarano, Alberto Gil Novales, Manfred Kossok, Werner Basler, Max Zeuske, Michael Zeuske, Luis Germán y Marc Baldó; agachados: José María Garmendia, Rainer Schlesier, José Ramón Urquijo, Carlos Franco de Espés, Vicente Pinilla, Juan José Carreras, Erich Kalwa y Juan Sisinio Pérez Garzón. Universidad de Leipzig, noviembre de 1983.



taria. La Historia de la Historiografía es una disciplina muy germana, todavía hoy, con marcos normativos propios, revistas y asociaciones europeas, exigencias y desarrollos específicos. Quizá el término «escuela» resulte algo pretencioso, pero sí que es cierto que comenzó a proponer y dirigir tesinas y tesis sobre estos temas, una trayectoria de la que surgieron las tesis doctorales de Gonzalo Pasamar (1986) sobre *La historiografía en la España franquista (la postguerra 1939-1950)*, publicada posteriormente en las Prensas de nuestra Universidad con el título de *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal* (1991), y la de Ignacio Peiró, centrada en la historia del nacimiento y consolidación de la historiografía liberal española, publicada con el título de *Los guardianes de la Historia: la historiografía académica de la Restauración* (1995). A partir de estas aportaciones seminales Ignacio y Gonzalo han configurado en la Universidad de Zaragoza, con sus investigaciones, proyectos de investigación, dirección de tesis..., un grupo reconocible y definido no solo entre los historiadores españoles, sino también en los ámbitos europeos e internacionales dedicados a la historia de la historiografía. No sé si se puede hablar de «Escuela historiográfica de Zaragoza», pero sí de que aquí, en el Departamento, hay una labor sistematizada y continua que desarrolla unos programas de historia de la historiografía reconocibles entre nosotros y por los ámbitos europeos especializados. Después del fallecimiento de Juan José en la Institución Fernando el Católico se creó un Seminario Permanente de Historia de la Historiografía Juan José Carreras en cuyos cursos anuales han participado los principales exponentes de esta discipli-



En la boda de Gonzalo Pasamar y Palmira Vélez, con Germán Navarro, Juan José Carreras e Ignacio Peiró. 1991.



Con Miquel A. Marín e Ignacio Peiró en la Escuela de Historia y Arqueología de Roma, 2012.

na, o subdisciplina (Lutz Raphael, Kristoph Cornelissen, Mauro Moretti...). Sí, es una de las marcas más características de la historiografía contemporaneísta desplegada en la Universidad de Zaragoza en el último cuarto de siglo.

**SISINIO:** ¿Se han producido giros en esta llamada, para entendernos, Escuela de Zaragoza? Por ejemplo: entre 1991 y 1995 dirigiste tres tesis doctorales de enorme calibre metodológico a tres jóvenes brillantes, hoy sólidos baluartes de nuestra historiografía, a Carmen Frías, a Alberto Sabio y a Pedro Rújula: una sobre republicanismo y liberalismo, otra sobre relaciones de propiedad y mercados agrarios; y otra sobre rebeldía campesina y guerra civil en el Aragón de 1821 a 1840. O sea, pura historia social, incluso con su dimensión política, todo trabado dialécticamente, con coherencia metodológica clásica. Pero las fechas no son casuales; es más, habías investigado hasta esas fechas la historia de la pequeña propiedad en Aragón, los señoríos, las desamortizaciones... y en 1997 publicaste algo sobre «Identidad comunitaria e historia en el Bajo Aragón y Maestrazgo», o acerca de «Las fantasías históricas del aragonésismo político»; pronto planteaste, en un artículo muy jugoso en 2005, unas reflexiones imprescindibles sobre «La historia social, de la clase a la identidad». ¿Qué ha pasado con la clase obrera? ¿Acaso es que se ha perdido por el sumidero de la identidad?

**CARLOS:** Mas que «giros» –han sido propuestos tantos en la historiografía reciente que pueden producir mareos–, lo que ha habido es un desarrollo natural en la investigación y escritura de la historia, así en los temas como en los métodos, del que creo hemos participado todos, salvo quienes prefirieron quedar anclados en alguna especie de monotema originario y reiterado. Fines de los ochenta y primeros noventa fue el momento de auge de la historia social en España, de una historia social de lo político, cultivada con



Seminario Juan José Carreras. IFC, Zaragoza, 2011.

De izda. a dcha., de pie: Ignacio Peiró, Miquel A. Marín y Francisco Javier Capistegui; sentados: Christoph Cornelissen, Mauro Moretti y Maestrogregori, durante el curso de «Historia de la Historiografía» del Seminario Juan José Carreras. Aula de la IFC, Zaragoza, 2012.

retraso entre nosotros y más obligada y necesaria si cabe en ámbitos académicos como el zaragozano que procedían de un patrocinio franquista que no suscitaba intereses e investigaciones de carácter tradicional más allá del siglo XVIII, ni más allá de un simple historicismo positivista. Se trataba de responder, pues, tanto a las renovaciones historiográficas exigidas por el tiempo como a los intereses renovados de licenciados y doctorados recientes.

Otra marca de identidad del despliegue del contemporaneísmo en Aragón en las dos últimas décadas ha consistido en la reunión sistemática de congresos que llamamos de

«Historia local en Aragón» desde que Ignacio Peiró y Pedro Rújula organizaran un encuentro en 1997, en Mas de las Matas, que resultó ser el primero de una serie que va por su edición número doce, en la que he participado, he animado y estimulado, desde esa perspectiva de «historia local en Aragón», y no tanto «de Aragón», asunto que discutíamos en ocasiones con Eloy. Eso lleva al tema, que no eludo, de la «identidad», un concepto hoy desbordante, o desbordado, que cuando comenzábamos nuestro oficio, como se puede comprobar en diccionarios, era propio de estudios y análisis de psicología, individual y social; no creo que este manido concepto esté definido, a pesar del abuso de que es objeto; en la composición de nuestra identidad hay elementos mucho más importantes que el origen o inserción territorial, sea local o nacional: el género, la edad, ser joven o viejo, ser padre o ser hijo..., proporcionan mucha más identidad, como la profesión o la clase, que ser de Astorga, de Calamocha o de Vic. Es el de la identidad un concepto altamente confuso, muy apropiado, por tanto, para cualquier especie de manipulación.

Por el contrario la identidad de la clase obrera ha sido objeto de una profunda erosión y corrosión, que diría Richard Sennet, y de profundas transformaciones en el marco del capitalismo globalizado. La edad de oro de la historia social, en la que desembocó la primigenia atención a las organizaciones de los trabajadores y sus prácticas políticas, si es que existió, se fue desvaneciendo, muy visiblemente después de 1989, desde los primeros años 90. La clase trabajadora desapareció como agente y sujeto histórico principal o de particular relevancia, a pesar del importante papel de sus organizaciones y prácticas políticas en la conquista y extensión de derechos ciudadanos en la historia contemporánea, o del innegable protagonismo que tuvo en la acción colectiva en España entre 1868 y 1939. Por otra parte yo me considero un historiador, insisto, generalista, que, como tantos, hemos evolucionado desde nuestros comienzos al compás de las transformaciones de la propia historiografía. Hay que tener en cuenta que mi tesis doctoral se presentó hace más de cuarenta años.



En el seminario sobre «Culturas políticas en la España contemporánea». IFC, Zaragoza, 2013.





Primer díptico y logo de la Asociación de Historia Contemporánea, 1991.

Convocatoria del Primer Congreso de Historia Contemporánea de España, organizado por la AHC.

Cartel del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea sobre «Usos Públicos de la Historia». Universidad de Zaragoza, 2002.

EN LA PÁG. SIGUIENTE: Miembros de la Junta Directiva de la Asociación de Historia Contemporánea y del Consejo de Redacción de la revista *Ayer* ante la Librería Marcial Pons. De izda. a dcha., de pie: Ismael Saz, Mari Cruz Romeo, Juan Pro, Carme Molinero, Miguel Cabo, Teresa Ortega, Ricardo Martín de la Guardia, José María Portillo, Nerea Aresti, María Sierra, Juan Pan Montojo; en primer término: Ignacio Peiró, Anacleto Pons, Manolo Suárez Cortina, Susana Sueiro y Carlos Forcadell. Madrid, 2014.

**ELOY:** Vamos a dar un cambio rotundo, pasando a otro de tus rasgos profesionales más característicos. En las últimas décadas has sido un extraordinario difusor de obras de otros, editor, prologuista, introductor, impulsor, organizador o moderador de docenas de encuentros. ¿Cómo valoras esa práctica, esa dedicación que también identifica tu trayectoria?

**CARLOS:** Los historiadores tenemos la obligación de estar presentes, de una u otra manera, en el espacio público, y más si cabe en estos tiempos de presiones mediáticas y de usos, más interesados o más banales, del pasado. La práctica historiográfica, como cualquier ámbito de conocimiento, tiene dos destinatarios principales, la propia profesión y el conjunto de la sociedad en general. Un aspecto muy gratificante y creativo de nuestro oficio es la relación con maestros, colegas, discípulos, el intercambio de temas, problemas y conocimientos en el marco de una especie de biografía profesional colectiva. Tengo vivos recuerdos del primer congreso al que asistí organizado por Tuñón de Lara en 1973 en la universidad de Pau, y Juan Sisinio recordará probablemente como intentábamos sacar a la hija de Manuel Tuñón, Paloma, a bailar, sin ningún éxito ante la negativa paterna; participé asiduamente en los reencuentros anuales que propició después en Pau, o en las sedes de la UIMP en Cuenca y en Segovia. Probablemente el primer congreso que organicé, junto con Juan Sisinio, Santiago Castillo y Mari Carmen García Nieto, fue el de su homenaje en Santander en 1981, así como la posterior edición de los volúmenes de las correspondientes actas. Desde entonces he participado con continuidad en las actividades colectivas de los contemporaneístas españoles,



cuya novedad en comparación con la etapa anterior las hacía más atractivas. De ellas surgió la Asociación de Historia Contemporánea, nacida en 1988 y que presidí entre 2006 y 2014, la revista *Ayer*, que dirigí entre 2006 y 2010, y un rosario de congresos bianuales que acaba de reunir su 14 edición. Esta trayectoria me ha permitido tener un contacto directo con el conjunto de la profesión y con los quehaceres de los contemporaneístas españoles durante más de cuatro décadas y formar parte de una biografía colectiva generacional, con sus competencias curriculares, pero también con muchos componentes colaborativos; considero que, en conjunto, ocupa un espacio propio en mi biografía de profesor de historia e historiador.

**SISINIO:** Abundando en ello: Has dado hace poco una conferencia sobre la historia de la Institución Fernando el Católico. ¿Nos haces tu propio balance como director de la Institución en estos últimos tiempos? Estar al frente de este centro de estudios simboliza de alguna manera la enorme tarea que has desarrollado desde inicios de los años 80 investigando, primero, y a la par fomentando estudios locales o de escala reducida. De todos los institutos de historia locales creados por el franquismo y adscritos al patronato José María Quadrado del CSIC, la IFC es el que ha tenido una acti-





Con Enzo Traverso y Encarna Nicolás en el IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Murcia, 2008.

vidad más continuada y ambiciosa, hasta ahora mismo, que es una editorial de referencia nacional en el campo de las humanidades. Por otra parte, si no recuerdo mal, fue Clifford Geertz quien tituló un libro suyo *Saber local, saber global. Los lugares del saber*. ¿Te parece atinado ese título para definir tus investigaciones en esta área? ¿Y por qué?

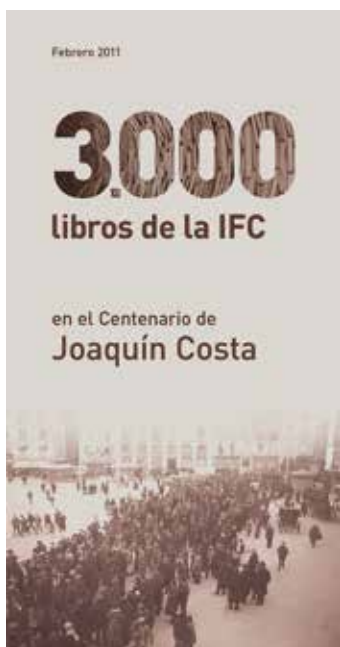
CARLOS: Esa charla a la que te refieres tiene lugar en el contexto conmemorativo del 75 aniversario del nacimiento de la IFC, ocasión para la que he coordinado este mismo año un volumen titulado *Cultura y política del franquismo a la democracia. 1943-2018*, periodo a lo largo del cual se suceden dos etapas claramente diferentes, las cuatro primeras décadas de subordinación a una cultura franquista dirigida por elites universitarias zaragozanas procedentes directamente de Falange, y el tiempo transcurrido desde que en 1983 las nuevas corporaciones democráticas nombran director al escritor Ildelfonso Manuel Gil, procedente de universidades norteamericanas, con vinculaciones personales a Benjamín Jarnés, Francisco Ayala, etc.; desde entonces la dependencia lo es de las condiciones de una nueva cultura democrática y la IFC mantiene cierta autonomía independiente de las mayorías políticas de la corporación provincial. Yo mismo he sido director con gobiernos del PSOE y del PP. La dirección de este instituto de cultura me ha proporcionado, ciertamente, muchas satisfacciones, y también me ha supuesto un proceso de aprendizaje, tanto por la variedad de cursos organizados, que me ha faci-

litado transitar de la historia al mundo de las humanidades, y de las ciencias sociales, en general, como por las labores de edición.

Mucho antes de ocuparme de la dirección de la IFC ya asistí, como participante y promotor, a los inicios en Mas de las Matas (1997) de una serie de congresos que llamamos de «historia local de Aragón» y que llevan ya 11 ediciones bianuales recorriendo el conjunto de la geografía aragonesa. Han sido reuniones muy alejadas de tentaciones identitarias, en las que ha estado presente ese mandato *geertziano* al que te refieres de considerar lo local, o territorial como la escala más adecuada para estudiar determinados procesos históricos generales, es decir, globales. Giovanni Levi nos remachaba en una de estas reuniones en la localidad bajoaragonesa de Molinos que *gli storici no studianno villagi, studianno nei villagi*. Por otra parte desde una institución cultural provincial es perfectamente posible, y necesario, atender al exterior, de modo que nadie se extraña de que yo mismo creara en 2010 y dirija hasta hoy una colección que lleva publicados doce títulos con este rótulo, el de Historia Global, serie que creo va teniendo cierta fortuna, en la que se han publicado traducciones de obras de referencia en la historiografía europea (Haupt, Langewiesche, Raphael, Herman Paul, Kuukkanen...) o investigaciones de reconocidos historiadores españoles (Perez Ledesma, Isabel Burdiel, María Sierra, Bartolomé Yun, Pedro Ruiz...). Este papel de editor, descubierto y desempeñado estos últimos años, constituye un espacio de aprendizaje, es muy gratificante, visibiliza bien los efectos y repercusiones de publicaciones necesarias, alejadas de la presión del mercado; se me ocurre proponer el ejemplo de la edición magna de *El Crítico* de Gracián (2016), dos tomos con más de 10 000 notas, tarea, como otras, tan necesaria como impensable para una editorial privada. Como decía ayer Txema Portillo lo que más rejuvenece es hacer cosas nuevas y aprender.



I Congreso de Historia Local de Aragón, con Carmen Frías y Pedro Rújula. Mas de las Matas (Teruel), 1997.



La IFC celebró en 2011 su publicación número 3000 con una edición de los *Estudios Ibéricos* de Joaquín Costa, preparada por Guillermo Fatás.

EN LA PÁG. SIGUIENTE: Con Guillermo Fatás en la presentación de la publicación número 3000 de la IFC, 15 de febrero de 2011.

**ELOY:** Muy bien. Voy a dar otro cambio de rumbo, ya en la recta final. Has prodigado últimamente mucho reflexiones sobre las relaciones entre Historia y Memoria, la llamada «memoria histórica», el auge del revisionismo sobre algunas certidumbres construidas por la mayoría de la profesión sobre la guerra civil y el franquismo... Parece que toma fuerza la idea de que no hay una historia única, veraz, crítica y analítica, sino varias, la de cada uno. Dínos algo al respecto.

**CARLOS:** Eloy, las preguntas que hace Sisinio son más accesibles, las tuyas tienen dimensiones oceánicas. Bien, una sociedad democrática no debe imponer ningún tipo de historia oficial, y en ella concurren y compiten, naturalmente, diversas formas de entender, interpretar o explicar el pasado, lo cual no quiere decir que todas las afirmaciones sean igualmente válidas desde el punto de vista profesional y de las exigencias del oficio de historiador. Pero también existen ciertos consensos profesionales, revisables, que exigen ajustarse a epistemologías normativas y métodos propios de la profesión, desplegados y contruidos desde hace más de un siglo. Como decía alguien, nadie puede afirmar que Bélgica invadió Alemania en dos ocasiones en la primera mitad del siglo XX. Hay un derecho de veto de las fuentes. No todo vale. Existen hechos, procedimientos de crítica y establecimiento de la veracidad de documentos y testimonios, métodos contrastados de establecer los que el historiador decide seleccionar, anteriores a las interpretaciones, que tampoco tienen la misma validez y veracidad y que han de ser objeto de demostración y debate. No todas las opiniones son igualmente respetables, las respetables han de ser las personas que las sostienen. No voy a dar una lección improvisada sobre las responsabilidades del historiador. Los historiadores alemanes, un cuerpo profesional prestigiado hoy, son probablemente quienes mejor han hecho los deberes de reconstruir y superar un pasado traumático con numerosas y sólidas investigaciones dirigidas tanto a sus colegas como al conjunto de la sociedad. Conocimiento



histórico y superación del pasado van juntos, pero para ello hay que sacar a la luz ese pasado, y no ocultarlo, como hizo la generación anterior de historiadores, entre 1945 y 1970/80. Quizá por esto son un modelo en determinados temas de teoría de la historia o historia de la historiografía.

Un relativismo o subjetivismo absoluto es nocivo, como un objetivismo radical es un sueño tan noble como ingenuo, pues todo conocimiento, incluso el científico, es provisional. La reconstrucción del pasado, incompleta pero veraz, es posible, de algunos de sus aspectos y dimensiones, a partir de huellas y vestigios, si no fuera así los historiadores nos dedicaríamos a otros quehaceres. Ciertamente que el pasado y su historia están sometidos a usos políticos y públicos tan diferentes que su percepción puede producir perplejidad o escepticismo sobre las posibilidades del análisis histórico. Los mejores historiadores profesionales han respondido constituyendo estos usos, o abusos, como objeto historiográfico de investigación y conocimiento, incluyendo un autoanálisis para estar alerta y eludir una instrumentalización elemental de nuestro propio relato del pasado. Conocer las políticas y usos del pasado, de la historia, de la memoria, permite revelar los intereses de los gestores de los mismos, la función de historias y memorias oficiales, y constituye un camino viable y eficaz para que la reconstrucción y comprensión del pasado siga siendo posible, para un análisis histórico y una reconstrucción del pasado que vayan más allá de la simple instrumentalización política o memorial.

Hoy predomina, en el campo y *habitus* de la profesión, una historiografía internacionalizada alejada del poder y centrada en el conocimiento. Los historiadores profesionales, los buenos profesionales, escriben para otros historiadores principalmente, o para la opinión pública y la ciudadanía, no para estados o grupos de poder. Una parte digna de mención se ha liberado de ataduras y prioridades nacionales e ideológicas.



Presentando a Lise London en Zaragoza, 1996.

Desde una perspectiva democrática e inclusiva, digamos, historiadores y científicos sociales en general, han desarrollado su trabajo al margen de los poderes establecidos, o en su contra, atraídos por revelar lo desconocido y oculto, explicar los mecanismos de dominación económica y política, recuperar la memoria y la historia de los vencidos, en la mejor tradición subrayada y alentada por Walter Benjamin.

En definitiva, una sociedad democrática ha de garantizar la existencia, convivencia y gestión de las distintas historias, de las personales y vividas memorias diferentes, de las plurales historias investigadas, enseñadas y aprendidas; no debe haber una historia oficial como en las dictaduras, pero hay que procurar hacer avanzar a la vez formas y elementos de consenso en el conocimiento e interpretación del pasado, más presentes hoy en la sociedad española, a pesar de las apariencias y el ruido político, de lo que estuvieron en las generaciones anteriores compuestas de fascistas y antifascistas, franquistas y antifranquistas. En el horizonte de la construcción de ese pasado común el reconocimiento compartido de las víctimas de la guerra civil tiene que reforzarse para facilitar un futuro común, pero también hay que avanzar en la construcción de un consenso mayoritario que encuentre las raíces de la democracia actual allá donde realmente germinaron y no en quienes las arrancaron.

**SISINIO:** Una pregunta o una reflexión que puede enlazar tu tesis con los dilemas de la izquierda hoy con el nacionalismo: tienes publicaciones recientes sobre asuntos como: «Los obreros y las naciones, el final del sueño internacionalista, 1914», o «Los socialistas y la nación», que parecen engarzadas en un hilo que tiene su inicio en tus primeras investigaciones juveniles y doctorales. Defínete, pues, sobre el clásico y oceánico tema de las relaciones entre nacionalismo y socialismo.

**CARLOS:** Los temas de las tesis doctorales, cuando se les ha dedicado mucho tiempo, trabajo e ilusión, como tú sabes por tu propia experiencia, te van a acompañar siempre. Yo re-



cuerdo el impacto que me produjo comprobar, a la altura de 1914, el brutal contraste entre el firme y compacto discurso internacionalista de los partidos y culturas socialistas europeas, y la fortaleza de una identidad nacional que les llevó a participar en gobiernos y acudir con convicción y entusiasmo a las trincheras y a unas matanzas mutuas de envergadura desconocida e inimaginable. Creo que desde entonces he desconfiado profundamente de los «discursos» y he intentado reconstruir las realidades más ocultas que esconden. La estrategia de la sospecha acerca de los testimonios, escritos u orales, forma parte del utillaje habitual del historiador, de una crítica alimentada por motores de la duda del calibre de Marx, Nietzsche, Freud, Foucault...

Volviendo al tema de los usos de la historia, las instrumentaciones, manipulaciones, falsificaciones de la historia más acreditadas ayer y hoy, son las que han practicado estados, naciones y nacionalismos, también las religiones, aunque este sea tema aparte, y precisamente de forma simultánea a la construcción y profesionalización de la «ciencia» histórica que coincide en el tiempo con el surgimiento y consolidación de los estados nacionales. En el XIX y comienzos del XX la disciplina histórica contribuyó, primero en Europa, luego en todas partes, al surgimiento de los estados nacionales. Estos estados, sus gestores políticos, y sus gestores culturales, historiadores pero también pintores, músicos, escritores, se dedicaron a meter en la cabeza a los ciudadanos relatos que interpretaban la historia como una marcha ineludible e imparable hacia la nación, como un «destino manifiesto». Esas historias nacionales y nacionalistas hipertrofiadas, falsificadas, con apoyo profesional, desde mediados del XIX, tuvieron un efecto mortífero, y lo tienen o lo pueden seguir teniendo. Una cosa son las pertenencias nacionales, y otra las ideologías y políticas nacionalistas; como decía aquel, todos te-



Con Emilio Lledó en la Universidad de Zaragoza, 2007.

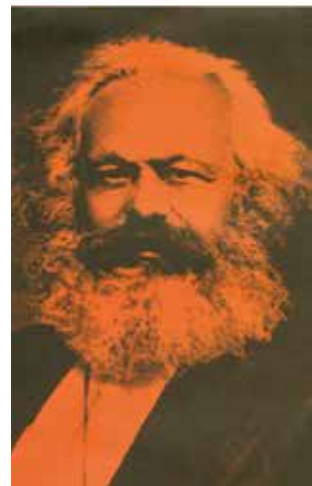
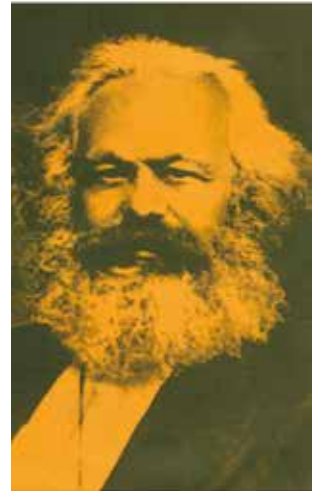
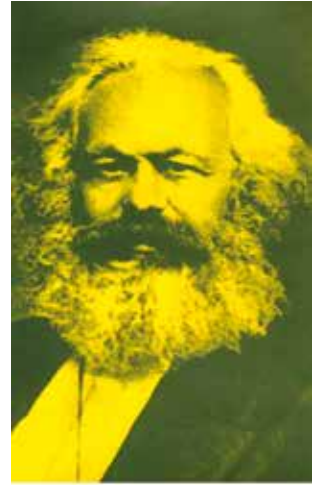


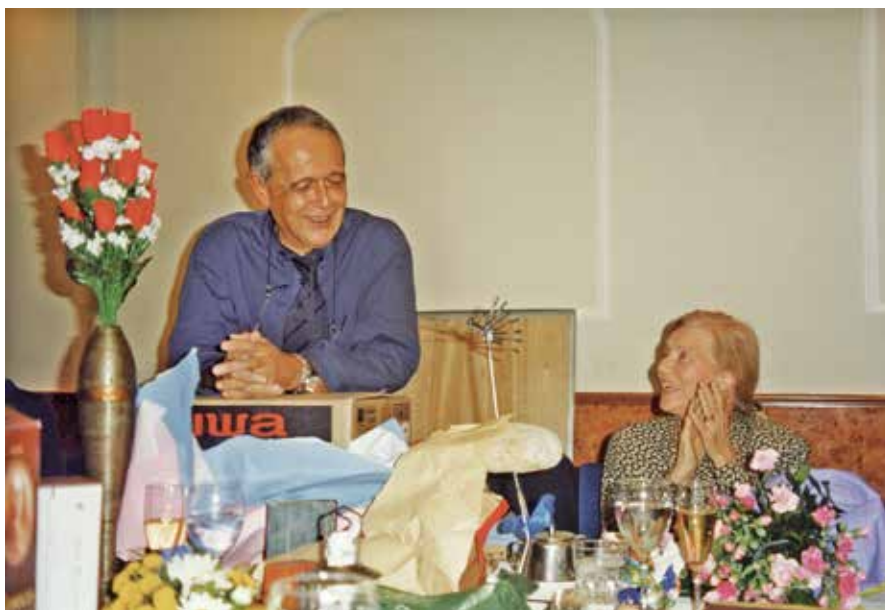
nemos oído, y algunos tienen otitis, que es una inflamación enfermiza. Yo quiero ver que aquel viejo discurso internacionalista, cien años después, se ha ido convirtiendo, lentamente, a pesar de apariencias y alarmas, en una realidad mucho más visible en nuestra Europa que en la de 1914.

**SISINIO:** Acabas de escribir un texto en el congreso que ha organizado la Fundación de Investigaciones Marxistas con el motivo de recordar el 200 aniversario del nacimiento de Marx que has titulado «Repensar el marxismo después de la derrota»; parece que el nacionalismo siempre gana, en 1914, en la URSS, en China..., pero hay una pregunta que planteó ayer Txema Portillo: ¿sigues siendo marxista?, o ¿qué es el marxismo para ti?

**CARLOS:** Las aportaciones del marxismo al método histórico y a la práctica historiográfica contemporánea han sido innegables y de gran envergadura, incluso para quienes han escrito historia alejados de una identidad «marxista». E.P. Thompsom en su última etapa afirmaba que él era «posmarxista». Alguien tan poco marxista como Toni Judt, y con anterioridad a la crisis de 2008, a la vez que echaba en cara a Hobsbawm la persistencia de sus convicciones o militancias comunistas, escribía: «Sin embargo hoy las cosas están volviendo a cambiar. Vuelve la cuestión social de tiempos de Marx, cómo abordar y superar las enormes disparidades de riqueza y pobreza, las vergonzosas desigualdades en salud, educación y oportunidades... [...]. No hace falta ser marxista para reconocer que lo que Marx y otros denominaban ejército de reserva de mano de obra está resurgiendo en todo el mundo... Así, al mismo tiempo que perdemos de vista al comunismo, la caída de la URSS ha librado a Marx de sus herederos y nos ha liberado a nosotros, y probablemente crecerá el atractivo moral de alguna versión renovada del marxismo».

En 1989, tomada la fecha de la caída del muro de Berlín como principal hito de referencia para la apertura de un nuevo tiempo histórico, comenzó un escenario político, y por tanto historiográfico, radicalmente nuevo. La distancia ya permite comprobar cómo el desprestigio y rechazo del marxismo político que acompañó a la desaparición de los sistemas políticos que decían entronizarlo y here-





Jubilación de Juan José Carreras. Zaragoza, 2006.

darlo, llevó consigo, aceleradamente, el abandono de su fuerte presencia e influencia en el análisis histórico y social, en la comprensión de las sociedades y de sus pasados, hasta el punto de que una identidad explícitamente «marxista» comenzó a significar una descalificación académica y teórica de los escasos historiadores que se reconocían en ella.

Se puede constatar hoy un cierto y visible retorno a Marx en el despliegue de un nuevo pensamiento crítico, así como que determinadas críticas académicas y políticas al capitalismo actual recuperan no pocos elementos de la crítica económica y política de Marx a la sociedad de su tiempo; hay teóricos económicos que no se esconden ni necesitan ocultarse, especialmente tras los incrementos de desigualdad, el debilitamiento de derechos o conquistas sociales, el papel del capital financiero globalizado..., etc. Hay economistas que han leído o repensado a Marx, lo que no quiere decir que sean marxistas, Piketty, en su libro de 2013, repasaba todas las crisis económicas desde principios del XIX y venía a sostener una tesis muy simple, que mientras los rendimientos del capital aumenten más que el crecimiento económico se incrementará la desigualdad. El marxismo, históricamente, se construyó al calor y efecto de dos grandes derrotas, la de las esperanzas democráticas que los veinteañeros Marx y Engels depositaron en las revoluciones de 1848, que les obligaron a reformular todo, y, ya maduros, la que supuso el fracaso y represión de la I Internacional y de la Comuna de París en 1870-1871. Y adaptaron sus análisis a esas nuevas situaciones.

Algo similar –repensar la tradición marxista– es más difícil de encontrar entre los historiadores en general, como atemorizados por reconocer hoy el papel y la influencia de Marx en la concepción y en la práctica de los fundamentos del método histórico, temerosos de que solo su nombre, o el de marxismo, los pueda asociar con cementerios y cadáveres políticos. En Francia hoy, entre los historiadores, es un pecado acadé-

mico identificarse como marxista; la obra de Labrousse, Soboul, Vilar..., que tanto influyó en nuestra formación, es anterior a 1989. De modo que, en la actualidad, el relegamiento del marxismo en la historiografía –una especie de *terra incógnita* para los jóvenes historiadores o para seniores más olvidadizos que disidentes– puede ser considerado una desaparición debida a una derrota política e intelectual, aunque los más optimistas (Hobsbawm) interpretan que buena parte del método histórico marxiano y de sus aportaciones se han integrado de modo natural y acumulativo en la práctica historiográfica hasta tal punto que ya no es necesario reclamarse del mismo, convertido en una referencia callada, una *tradition cachée* (Traverso).

Como parece que vamos acabando quiero subrayar alguna reflexión sobre esta metáfora de repensar, el marxismo y todo lo demás, después de las derrotas, y evocar el papel de personas que no necesitaban autodefinirse como «marxistas»; Juan José, vg., nunca se autoidentificó como marxista, lo cual era la mejor vía para contribuir a la difusión de la tradición marxiana en la historiografía. Pero hay más ejemplos, en los años setenta Manuel Sacristán editó los primeros textos de Marx en castellano después de 1939, sus artículos periodísticos sobre el XIX español, y lo hizo en Ariel porque es la editorial en la que trabaja desde 1965; luego proyectará una edición de las obras completas de Marx, que se publicarían en varios volúmenes, pero eso no saldrá adelante. Pero su papel inicial es fundamental, como lo es, según el extraordinario testimonio de Gonzalo Pontón el que convenciera a la editorial de hacer una colección de bolsillo, la mítica «Ariel quincenal», en la que publicó el 18 de Brumario y la guerra civil en Francia de Marx, introdujo a Galbraith, Chomsky..., etc. Recuerdo estar acabando la licen-



Con Santos Juliá e Ignacio Peiró. UIMP, Santander, 2010.



Con Juan Sisinio Pérez Garzón durante el congreso *A Propósito de la Historia*. Zaragoza, 8 de noviembre de 2018.

ciatura cuando salió la colección y comprar religiosamente los dos tomitos mensuales, trataran de lo que trataran.

Simultáneamente Alianza Editorial comenzó sus libros de bolsillo desde mediados de los años sesenta, con extraordinario impacto también en la historia intelectual y cultural de nuestra generación; pudimos conocer los «Manuscritos económico-filosóficos» de Marx, con prólogo de Francisco Llorente desde la presidencia del Consejo de Estado, pero el de Venezuela. Detrás de esta labor está Javier Pradera. En el 65 expulsan a Sacristán de la Universidad, y poco después a Josep Fontana. ¿Qué es lo que quiero decir?, pues que he mencionado nombres claves para nuestra formación y normalización intelectual, Sacristán, Javier Pradera, Pontón, Fontana, tres eran militantes del PSUC como Pradera lo había sido hasta unos años antes del PCE. Son marxistas, pero ni deben ni tienen la necesidad de afirmarse públicamente como tales. Tuvieron una influencia fundamental en la vida intelectual y cultural de toda una generación, si se compara con la de aquellos que ejercían de «profesores marxistas» en la docencia y en las aulas universitarias.

Una de las últimas publicaciones del citado Enzo Traverso es una lúcida reflexión histórica sobre la *Melancolie de gauche. La force d'une tradition cachée XIX-XXI siècle* (2016), una melancolía que no significa el abandono de la idea de socialismo o la esperanza en un mundo mejor, sino que debe implicar repensar el socialismo después de la derrota que ha experimentado, desde los años ochenta, una generación completa. Se trata de recuperar la memoria de unas luchas políticas y sociales contra los intentos de relegarlas al olvido bajo el manto de una historia justificativa del presente, banal, o turistizada.

Para acabar me vais a permitir una pequeña defensa de la historia para la que recorro al recientemente desaparecido Santos Juliá, que tanto hueco intelectual, profesio-

nal y personal nos ha dejado, para quien no hay historia si no hay pasión por el pasado: «esa es la marca de nuestra identidad que nos diferencia de otros oficios. Nosotros no somos policías, tampoco jueces, ni políticos, ni legisladores: no salimos en busca del pasado mas que con el propósito de documentar, interpretar, comprender, explicar, en este orden desentrañar tramas de significado, representar, conocer, en definitiva, lo que ocurrió y narrarlo en la plaza pública. No pretendemos ni debemos servir a ningún señor, sea el estado, la justicia, la política, el partido, la clase, la identidad nacional, tampoco la memoria, que es otra cosa que la historia».

Lo que haya tenido esta conversación de defensa de la Historia lo es también, al final del trayecto, de defensa de las humanidades en general, algo que dejó bien asentado y resumido Cervantes: «la historia es madre de la verdad», escribió hace cuatro siglos, bien alejado de debates epistemológicos posmodernos, para quien también es «depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir», pues el futuro, como reza un dicho italiano, *a un cuore antico*.

**ELOY:** Creo que puedo decir en nombre de Sisinio y mío que estamos muy satisfechos de haberte provocado esta magnífica lección que nos has dado, un poco autobiográfica, de tu vida, de tus ideas, de tus actividades, pero también de los grandes temas que hemos estado tratando durante día y medio, con gran intensidad e interés. Te lo agradecemos a ti y estamos contentos de haberte provocado con preguntas *fáciles*. Y nada más.

**CARLOS:** Eloy se acordará que cuando no hace mucho era objeto de homenajes varios yo le decía que me parecía mejor, si fuere el caso, el modelo Juan José Carreras, una vez fallecido, que no era él muy partidario de estas celebraciones, mientras que Eloy prefería oírlos en vida; posiblemente me hayáis hecho cambiar de opinión. Muchas gracias a vosotros y a los organizadores.